

Con los Brazos Abiertos

Por Manuel LOPEZ PEREZ

La luz no se hizo para estar debajo del celemin, expresó en forma bellísima la sabiduría del Evangelio, y es que cada cosa y cada ser tienen su destino, y el de la luz es iluminar. ¡Loados sean por siempre los destinos lumínicos, los de las cosas y los de los hombres! Por ello hemos admirado y alabado el poder guidiador que mostró nuestro Primer Mandatario al visitar los Estados Unidos y escalar las altas tribunas que ocupó tan gallardamente, cuando, a la vez, auguramos las nuevas ocasiones que tendría de seguir brillando. En vísperas de emprender nuevos viajes que harán constatar con su prestancia la existencia válida del México nuevo que presentimos y anunciamos en aquellos días en que vislumbramos la posibilidad de que don Adolfo López Mateos llegara a la Presidencia de la República, queremos reafirmar, una vez más, nuestro pensamiento, y al hacerlo, se presenta ya a nuestra imaginación la figura del Presidente respondiendo al saludo de nuevas multitudes en diferentes pueblos, con los brazos abiertos.

Empeño especial ponemos en los distingos necesarios: cuando pensamos en la transfiguración del Primer Magistrado, los ojos que lo vieron, lo contemplaron grande de lo mismo para México que para el mundo. Esta visión lo mismo impresionó a los simpatizadores que a los detractores, a los amigos verdaderos y a los falsos amigos. Todos aquellos que en los días en que el Presidente actuaba en los Estados Unidos y en Canadá tuvieron que reconocer las dimensiones humanas del elocuente y luminoso viajero, recibieron una lección, la misma que se postula en el encabezado de esta nota: nada puede violar el destino de la luz, nadie puede contravenir el imperativo de su naturaleza que es una ley: iluminar. Pero también frente a este reconocimiento, que unas veces fue jubiloso porque en las conciencias eufóricas se daba el miraje de la constatación, y que en otros casos comovía las entrañas con el rencor, con la envidia, con el despecho, el hombre de la altura, el Presidente López Mateos, asimismo recibió su lección. Y cabe preguntar si no es lógico que así como unos confirmamos su estatura moral e intelectual —ya hemos dicho que a veces esta valoración era fraternalmen-

nante de su valía— de aquel hombre de Estado y general de veras, quizá pensó en alguno o algunos generales de México, no universitarios, ni grandes estadistas, y que en los campos de la lucha fueron desamparados por el espíritu de la victoria. El fantasma de Dulles debió significar para la mente lúcida y escudriñadora de López Mateos, que en México hay también nombres de políticos cuya postura, si alguna vez valió, ya no tiene ni admiración ni vigencia. Es natural, decimos en conclusión para salvar al lector de seguir para los suspeicases, que nuestro Presidente haya comparado los valores externos, extranjeros, con los valores positivos o negativos nacionales; es indiscutible que al conocer hombres de otros pueblos, los haya comparado con los del país propio, y que consecuentemente haya estructurado sus juicios de valor, juicios comparativos que le sirvieran para normar sus actos como mexicano. Presidente y secretarios de los Estados Unidos; Presidente y secretarios de México. Por lo demás, el trato, es decir el respeto, el acatamiento a la dignidad presidencial, tuvo también que ser observado y justificado con gran interés. Las credenciales de gran estadista, de hombre cultísimo, de sociólogo profundo, de moralista político, que allá se le recibieron como buenas y que sirvieron de apoyo a su exaltación, seguramente que devinieron en una autovaloración que no contaba con las mismas bases en el seno de la patria. Y ante esta verdad dolorosa, debió pensar en la mala fe, en el resentimiento, aunque algunas veces revestido de cariñoso afán de emular al "espíritu santo"; y debió pensar también en que esta perspectiva obtenida con la distancia y con el trato de hombres de primera categoría en el mundo, le estaba dando las medidas de su equipo, de sus hombres, de su propio pueblo. Quizá haya aparecido ante sus ojos el concepto claro de los obstáculos que llevan nombres personales y propios, y quizás también —así lo deseamos— haya fincado los cimientos de la renovación porque clamaba Argüello, el nicaragüense, cuando gritaba a las Américas diciéndoles que se necesitaban hombres nuevos. No nuevos por la edad —y que me perdonan los júniores— sino hombres nuevos con la eterna novedad de la virtud.

3

te solidaria y a veces hipócritamente recibida— él, por su parte, logró una visión interesantísima del México que gobernaba y de quienes “colaboraban” con él en tan responsabilizadora misión. Las proporciones de los hombres de México seguramente que aparecieron ante sus ojos que median con su penetración los alcances físicos y morales de los hombres de otros pueblos. La democracia reunía en los Estados Unidos a dos Jefes de Nación; “dos potestades se miraban frente a frente”. La política de Herter presidiendo en el ánimo de Ike; la sombra de Foster Dulles, recientemente muerto, era alejada por el rumor del eco en que sobrevivía la fresca visita del ministro soviético. Comentemos: trataba López Mateos con un universitario, general de tales méritos que lo hicieron mandar en jefe las fuerzas aliadas en la última guerra cuyos episodios estremecieron al mundo. Y el Presidente mexicano que recibía un trato de igual a igual —reconocimiento pleno y reso-

Se anuncian nuevos viajes de López Mateos. Irá primero, por los caminos de la patria con los brazos abiertos y en alto, saludando a los hombres y a los horizontes históricos de América. Y nosotros deseamos con fervor inefable que esos brazos abiertos y en alto, sepan cerrar los puños y desender con violencia, para aplastar a quienes obstaculicen los inicios del México nuevo a cuyo advenimiento estamos asistiendo con el gobierno del Presidente López Mateos.

—
porque no tenemos esa pretensión, sino porque es deber de todo mexicano —es decir dueño de una patria libre— expresar su pensamiento y luchar por él. Nos apoyamos en la vieja sentencia aristotélica: “la libertad nace de los actos libres”. Y no otra cosa ha dicho nuestro Presidente, cuando en tribunas internacionales expresó: “los hombres libres no pueden vivir con gobiernos exclavizantes, ni puede de haber tales gobiernos donde haya hombres libres”.